

Saludo a los restos de Angel Ganivet

ESTE saludo lo he escrito para ser leído en el acto que la Asociación Oficial de Estudiantes, de Madrid, había de celebrar en el Paraninfo de la Universidad Central, a donde se llevaron los restos de Ganivet, de paso por Madrid, en su traslado desde Riga, donde murió y fué enterrado, hasta Granada, su cuna.

¡Pobre amigo Ganivet! Vuelven tus huesos a reposar sobre los huesos, sobre la roca de España—más nuestra hija que nuestra madre—viviendo y soñando yo, tu amigo y compañero del buen combate, fuera de ella para mejor servirla. Y se me suben a la boca y a los ojos y me tiemblan en la mano con que escribo los recuerdos de aquella amistad de entender y de sentir que nació entre nosotros, treinta y cuatro años ha, cuando hacíamos oposiciones y gané yo la cátedra de que se me ha despojado con la mentira oficial de que la he dimitido por abandono.

Y a las veces pienso si no fué a tiempo que dimitiste tú, mi pobre Angel, el cargo de la vida, de una vida que habría de ensombrecer más el porvenir de nuestra patria, arredrándose todo un siglo mortal.

Se me anuda la garganta, se me empañan los ojos y en la mano me tiembla la pluma de acero, nuestra arma, al pensar si un día rendiré también mi último soplo, como tú, fuera de nuestra España, cuyo amor ha unido nuestros nombres, bajo un sol triste y pálido que se acuesta en brumas. Y si al rodar de los años estériles llevarán mis huesos a reposar sobre los huesos de la patria y a que las aguas de nuestros ríos lleven sus sales a la mar niveladora. Y me acongoja el pensar si España, esa España ibérica cuyo porvenir fué nuestra cuita común y recíproca, será entonces digna de abonarse con el polvo que fué corazón que tanto y tan locamente la quiso. Porque ¿no nos han motejado de locos, mi pobre amigo? ¿Es hoy digna esa tierra, Angel, de atesorar tus restos?

Deberían de no haberte traído hasta que ese tu solar, nuestro solar, sustentase a un pueblo libre; hasta que sobre tu huesa granadina pudiese sonar, resonante al pie del Mulacén, la voz de la verdad, hoy proscrita de España; hasta que se hubiese establecido en ésta la justicia, que es el único orden valedero; hasta que ahí, en la cuna de Séneca, a quien tanto quisiste y estudiaste, y que tuvo que quitarse la vida en obsequio a los tiranos—y menos mal que no le dieron garrote sin efusión de sangre—se hubiese restablecido el respeto a la inteligencia, a la sinceridad, a la santa libertad de crítica y a la hombría de bien. Deberían de no haberte traído hasta que, borrada la postrera huella de la Inquisición cainita, sonase la hora de la liberación de la España universal y eterna, de la España civil y liberal. Deberían de no haberte traído hasta que, dejando de ser pastores los mastines y de jueces los verdugos, nuestros hermanos hubiesen podido empezar a servirse de la libertad, sin la que no hay ni fortaleza ni alegría que valgan y cuya sustanciosidad sólo son

capaces de conocer los hombres que alguna vez se han puesto en riesgo de que les priven de ella.

En la Alhambra soñaste con Grecia inmortal—yo, tu amigo, a orillas del Nervión—; el común culto al Espíritu Santo helénico, a Santa Sofía, nos estrechó en amistad para siempre, para allende la muerte, que es más allá de la vida, y ahora, cuando tus huesos son recibidos por un pueblo degradado por el vasallaje, yo, tu amigo de la juventud radiante y esperanzosa, te saludo desde el destierro. Porque hoy en tu patria, en nuestra patria, Angel, no puede vivir digno el que no se allane cobarde a silenciar la verdad y a no denunciar la injusticia.

Y a nadie debe chocar que me dirija a ti, el que ya no respira ni ve. ¡Estoy tan abrumado, amigo mío, de predicar a los que respiran y ven y cuchicheándose al oído comadrerías, cierran a la palabra del corazón, la boca con que comen y se creen vivos!..

Adiós, amigo, y ¿hasta cuándo?

MIGUEL DE UNAMUNO

(España Nueva, Habana).

Hoy he tenido un sueño...

Hoy he tenido un sueño loco y desorientado,
hoy he tenido un sueño de trágica maldad:
la noche estaba negra y yo había matado,
y todo era un tremendo sopor de eternidad!

Una ciega violencia impulsaba mis manos
para el golpe mortal.
La víctima tenía en los ojos humanos
una maravillosa claridad celestial.

Hundí hasta el puño negro mi daga reluciente
y le alcanzó la entraña el filo buscador.
Un blanco de agonía le poseyó la frente
y en un hondo alarido di al cielo mi estupor.

Yo me sentía puro, yo me sentía bueno,
y a pesar de mi crimen tan puro me sentí
que con agua de llanto mojé el cuerpo moreno
y le besé en la herida el trágico rubí.

Nunca más grande angustia cupiera en pecho de hombre
que aquella angustia viva de sacrificador!
Estremecido todo de la pena sin nombre
voceaba en la noche mi sagrado clamor.

Cien veces de rodillas cayera mi alma mustia
ante la virgen muerta, de palidez fatal,
y la entreabierto rosa de su boca de angustia
cien veces perfumara mi sombra criminal.

Manchado estoy aún de la sangre inocente,
pero en la hora lívida y atroz
yo sentía mis manos moverse fatalmente
vibrantes de destino o signadas de Dios!

HÉCTOR CUENCA

Maracaibo, Venezuela. 1925.